

AyE sI = XIII

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL ILMO. SEÑOR

D. GERMÁN HERNÁNDEZ AMORES

EL DÍA 29 DE MAYO DE 1892



MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20

1892

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL ILMO. SEÑOR

D. GERMÁN HERNÁNDEZ AMORES

EL DÍA 29 DE MAYO DE 1892



MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20

1892

DISCURSO

DEL ILMO. SEÑOR

D. GERMÁN HERNÁNDEZ AMORES

ACADÉMICO ELECTO.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Tranquila debió ser la primera sesión al constituirse esta Real Academia: todos los señores académicos debieron ocupar estos sitios sin echar de menos la ausencia eterna de un compañero amigo. Hoy desgraciadamente, cuando se llega á este puesto, el honor va unido al sentimiento de la pérdida de un artista de mérito ó conecedor ilustre en Bellas Artes, ley dura á que estamos sometidos, y tanto más dolorosa cuanto más estrechos lazos nos ligaban á la persona que ha dejado de existir.

La muerte de D. José Avrial, que tantos años ha estado entre vosotros, os debe haber producido doloroso sentimiento, como me lo ha producido á mí. Mucho tiempo hemos sido compañeros en la Escuela de Artes y Oficios: amigo cariñoso, inteligente y notable profesor, su pérdida es, sin duda, difícil de reemplazar, tanto en nuestra Escuela como en este sitio, donde sólo vuestra benevolencia ha podido traerme, no mis méritos, que son escasos; mas declaro que tengo buen deseo, y trabajaré para hacer

menos duro el contraste de lo que habéis perdido y lo que recogéis.

No sé cómo llegó á mi noticia que presentándose á los eforos en la Laconia una comisión de ciudadanos de un pueblo vecino, les dijeron: «Hemos tenido mala cosecha y nos falta trigo; prestádnoslo»: y los temibles eforos, volviéndose á sus paisanos les dijeron: Dadles trigo; pero no necesitaban hablar; bastábales presentar los sacos vacíos.» Si esto dijeron de aquella Comisión, á estar presentes en este sitio, ¿qué hubieran dicho de mí que pretendo hablaros, y con la circunstancia agravante de no saber qué deciros? Sírvame de excusa la obligación ineludible en que me encuentro, y predisponga vuestro espíritu á acentuar en mí favor esa vuestra tradicional benevolencia, con la que cuento para cobrar un poco de ánimo y deciros, aunque de modo desaliñado, lo que se me alcance relativo á las Bellas Artes.

Es opinión muy generalizada, y se repite en todos tonos, que estamos en Bellas Artes en un momento de transición. Nada nuevo nos anuncian, puesto que todos los momentos de la vida son momentos de transición, y ésta es, sin duda, la razón del progreso ó retroceso; es el ritmo de la vida.

Yo tengo para mí que, tratándose de Bellas Artes, lo que distingue el momento en que nos encontramos es la incertidumbre, la infecunda duda.

Pasó el ideal mitológico, se amortiguó el ideal cristiano, el histórico no nos conmueve, y andamos en la obscuridad á tientas, buscando un ideal que no encontramos, y no encontrándolo, nuestra preocupación y actividad se dirigen, no á la expresión de nuestro propio sentimiento, sino á la previsión del efecto que la obra pueda causar en los demás: de aquí que pro-

duciéndose el trabajo artístico, no por impulsión directa, sino por refleja, carezca hoy el arte de aquel acento viril que supieron imprimirle los grandes maestros que nos precedieron, y que toda nuestra atención se fije en los medios mecánicos, pues sin una idea viva que solicite nuestro sistema nervioso predisponiéndole á la acción, la fuerza de expansión acumulada se pierde en cosas fútiles, y como fútiles de escaso interés. Así es que en este estado de los ánimos, los artistas han tomado diversas direcciones: unos van resueltamente á la representación de la naturaleza inanimada, sin más propósito que copiarla, como dicese ahora, «con sinceridad»; otros, los más tímidos, siguen con entusiasmo á los maestros que están de moda, sin pensar en que el que sigue á otro siempre va detrás, y que las glorias del éxito son, como en las batallas, para los generales, y para la gente de fila el olvido ó poco menos. Así sucedió en Grecia con Fidias y Alcamene, en Roma con Rafael y Miguel Angel; en los tiempos modernos, en Alemania con Cornelius y Raub, en Francia con Ingres y Delacroix, después con Messonnier, y aquí con Rosales y Fortuny.

Hay que persuadirse de que la facultad creadora de los genios es intransmisible, y por esto el que á las Bellas Artes se dedique, debe limitarse á estudiar los grandes maestros, no á imitarlos ciegamente. Diversos caminos conducen á la meta, pero es preciso marchar con voluntad decidida, con paso firme y seguro, mirando siempre adelante sin vacilaciones ni desmayos.

Diferente modo de ver tuvieron Praxiteles y Miguel Angel, Rafael y Velázquez, Ingres y Delacroix, y, sin embargo, todos llegaron y llegaron bien.

La espléndida y fecunda naturaleza no oculta sus

múltiples gracias á sus admiradores; mas es preciso estudiarla con amor, no concretarse á la contemplación pasiva de su exterioridad, sino profundizar y llegar hasta el principio vivificador que la anima, tener presentes las jerarquías establecidas en sus diferentes producciones, buscar los tipos más perfectos, y, por último, saber escoger, y entonces y no antes, intentar la realización de la obra de arte.

Hoy, desgraciadamente, el realismo está de moda, pero el realismo sin elección, al acaso y con tendencia marcada hacia lo feo, pues se cree más verdadero que lo hermoso: así que pudiera aventurarse la idea de que tal vez el ideal de los materialistas sería el hombre prehistórico, el hombre fiera; y aun así pareciéndoles poco á los que tienen tales ideas, se desvían en grandes huestes hacia el paisaje, sin duda porque los dramas de la vida humana ni les interesan ni les conmueven.

Esto que llevo dicho parece manifestación de que no amo la naturaleza inanimada, y no es así: la amo como el que más; pero antes que á las corrientes de las aguas, antes que á la extensa llanura y la empinada montaña, antes que á la espléndida luz del sol, amo á la humanidad que me habla el lenguaje de sus sentimientos, sus pasiones, sus dolores y alegrías, lenguaje que entiendo con más claridad, pues es el lenguaje de mis hermanos. Y no sólo alienta, sino que crece en la juventud la independencia supuesta por ella, y dice: «Ya es tiempo que marchemos solos, que tengamos horror de los pretendidos apóstoles, misioneros y predicadores de todas clases y de que seamos nuestros propios guías.» Si fuese posible proscribir toda doctrina, el resultado inmediato sería la completa ignorancia; si no hubieran predicado con

su palabra y con su ejemplo los precursores de Rafael, Miguel Angel y Leonardo de Vinci, posible es que estuviésemos en la barbarie por donde pasaron las Bellas Artes en el período que medió desde el siglo v al xii. No sólo se predica con la palabra, cuyo objeto es persuadir; se persuade también con el ejemplo. Velázquez no necesita hablar para influir: bastan sus obras.

Es de lamentar que estén dando fruto esas novísimas teorías de independencia: merced á ellas crece la indisciplina que da por resultado deserciones continuas de jóvenes artistas, que buscando el éxito ensayan con frecuencia nuevos procedimientos, nuevos géneros: el óleo mate, el encausto, la acuarela, la *guache*, el pastel, y como asuntos las faenas del campo, de la marina, observaciones clinicas, escenas de anfiteatro, chulas, gitanos, etc., y este es un bosquejo de las manifestaciones y tendencias actuales del arte. No son muy halagüeñas, por cierto, más á pesar de esto, estoy lejos de creer, como afirman MMr. Taine y Renan, que el arte morirá á manos de la ciencia. Es de creer que el arte vivirá lo que viva el hombre, y pudiera aducir razones para demostrarlo: lo que tiene lugar es que el arte sigue las civilizaciones, y á la manera que el polen fecundo de la palmera se traslada á grandes distancias y encontrando el medio se produce el fruto, así el arte en alas de la idea se traslada y transforma de uno á otro país.

Ajenos debieron estar los sacerdotes egipcios de que llegaría un día en que sus magníficos templos de Ammon en Karnac, los de Luxor, Tanis y Menfis, habían de ser enterrados por las abrasadoras arenas del desierto. Y los reyes de Egipto, los soberbios Fa-

raones, tales como *Cheops*, *Chefren* y *Micerinos*, con sus gigantescas Pirámides, ¿cómo habían de sospechar, después de las infinitas precauciones tomadas, que llegaría día en que sus sepulcros serían profanados y los sarcófagos perdidos? ¿Y cómo habían de figurarse que aquellas modestas tumbas apiñadas como hormigas alrededor de aquellas moles, las llamadas por los árabes *Mastabas*, protegidas por el *Simoun* del desierto, cubiertas de arena, se conservarían en su mayor parte intactas, y nos revelarían el modo de ser y la industria y artes de aquel antiguo pueblo? No debió ocurrírsele á Nabopolasar, allá en el apogeo de su gloria, cuando mandó trasladar á Babilonia setenta mil judíos, estableciéndolos generosamente como colonos, que los perfumados jardines y portentosas construcciones de su Imperio asirio serían convertidos en albergues de pastores, borrándose las trazas de sus ciudades. Otro tanto debió acontecer á Darío con su Imperio persa, cuando cayó bajo la espada de Alejandro, y á la hermosa Grecia, saqueada por el antiartístico y feroz Romano. Y, sin embargo, en medio de estas revoluciones, el arte no perece, se traslada de un punto á otro, se transforma; y donde no tiene lugar este fenómeno, surge espontáneamente. Así sucedió en la gran revolución, quizá la más grande revolución, por sus efectos, la que tuvo su principio en tiempo de Tiberio con la venida de Jesús, con su doctrina y su sacrificio en el Calvario. Entonces se produce nueva y vivísima luz que ilumina y se extiende por todos los ámbitos de la tierra; el arte en aquella sacudida tremenda en la que se derrumba el Paganismo, no se interrumpe, se transforma de una manera radical, empieza en las catacumbas, y guiado por el nuevo ideal, reconcentra

en el rostro toda la expresión de que es susceptible la figura humana. Mas este trastorno, esta evolución del arte, dió por resultado el abandono del estudio del desnudo, de la construcción y simetría del cuerpo humano, abandono que fué acentuándose á medida que crecía el odio hacia el Paganismo. Estatuas, vasos y templos fueron destruídos; hordas de fanáticos llamadas bandas negras, recorrían campos y ciudades y destruían sin compasión las obras maestras de la antigüedad.

Teodosio dió comisión especial, primero á Cynegio, Prefecto del Pretorio de Oriente, y después á los condes Jovio y Gaudencio, oficiales distinguidos en el Imperio de Occidente, de cerrar los templos, de apoderarse de todos los instrumentos de la idolatría y destruirlos. Este triste destino cupo al magnífico templo de Serapis en Alejandría, donde los cristianos, incitados por el obispo Theófilo, con celo desmesurado, no sólo destruyeron el templo, si que también la magnífica Biblioteca.

El Obispo de Tours recorrió la Galia á la cabeza de sus monjes, destruyendo todo lo que encontraba; en Siria, Marcelo, que Teodoro apellidaba el Pio, determinó arrasar todos los templos de su diócesis, y al frente de numerosa banda de gladiadores y soldados cumplió su propósito. Sólo el gusto ó la prudencia de algunos gobernadores de provincia salvó varios aunque pocos templos, tales como el de Venus en Cartago, convertido en iglesia; el Pantheon en Roma, y el Partenón de Atenas, que al fin mutilaron los cristianos; y como esta destrucción tuvo lugar en todas las provincias del Imperio, exceptuando á Roma, por haberse incautado el Estado de los edificios públicos, poco á poco se fué olvidando el estudio y ca-

yendo en la barbarie. Mas como el arte no debía perecer, sucedió que á la manera que las rebuscadoras entran en un campo segado y recogen las espigas olvidadas y esparcidas, así los monjes sucesores de aquellos otros destructores fueron recogiendo los monumentos esparcidos ú olvidados del arte antiguo, que hubieron de servir, siglos después, á la reconstitución del arte y á su apogeo en el siglo xvi. Y para demostrar que el arte no se interrumpió sino con leves intermitencias, os diré lo siguiente :

C. H. Lenormant consideraba algunas pinturas del cementerio de Domitila, como del mismo estilo que las de la pirámide de Cayo Sextio, treinta y dos años después de Jesucristo. Rossi no titubea, como tampoco Welcker, en atribuir al siglo i las pinturas de la cripta de Lucina, y Kugler dice que se aproximan á las pinturas murales de los mejores tiempos del Imperio.

En estos últimos años se han encontrado los vestigios de las primeras inspiraciones del arte cristiano, y se pueden atribuir ciertas pinturas de las catacumbas al tiempo quizá de los Apóstoles ó de sus primeros discípulos, pues el arte clásico vivió lo suficiente para transmitir á los primeros pintores cristianos la forma perfecta y la inmortal tradición de lo bello, que languidece alguna vez, pero no muere jamás.

Mr. Rossi atribuye á los comienzos del siglo segundo la pintura de la Santa Virgen y el profeta Isaías en el cementerio de Santa Priscilla, y los de San Calisto al siglo iii. Del iv son los de Santa Constanza en la iglesia ó mausoleo circular de la hija de Constantino y los de Ravena en la iglesia de Santa Agata.

En el siglo v, Sixto III edifica Santa María la Mayor, y la adorna de mosaicos de la historia de la Virgen y de Cristo, cuyo estilo es tradición del arte anti-

guo, y ellos sin duda los más bellos de todos, como también los del mismo siglo, en tiempo del Papa Hilario, conservados en el Baptisterio Lateranense, en el oratorio del Evangelista: representan vasos, frutas, pájaros y adornos de estilo pagano, siendo seguramente la última traza del arte antiguo. El llamado estilo bizantino aparece poco después: León el Grande hizo adornar, por encargo de Placidia, el arco triunfal de San Pablo, donde ya claramente se ve la manera bizantina, y cuyos autores son desconocidos. En el siglo vi Félix IV edificó en el Foro una iglesia á los Santos Cosme y Damián, y mandó adornarla de mosaicos cuyos asuntos estaban tomados del Apocalipsis. En el mismo siglo, Juan III terminó la Basílica dedicada á los doce Apóstoles, empezada por el Papa Pelagio, adornándola espléndidamente de mosaicos y pinturas, como atestigua la carta dirigida á Carlomagno por el Papa Adriano I.

Á pesar de la extrema miseria en que estaba sumida Roma después de la guerra gótica, se elevaba la magnífica Basílica y se construían nuevos templos. Habíase conservado la actividad artística, y aun cuando se abandonaron las antiguas tradiciones del arte, sin embargo, el ingenio de aquellos artistas, vistiendo unos el sayal monástico y otros el pobre vestido del ciudadano, se perfeccionaba, y legaban á sus sucesores, á través de aquella edad envuelta en las más densas tinieblas, los monumentos de la Arquitectura y de la Escultura cristiana, los dibujos de mosaicos y la pintura al fresco. Al finalizar el siglo vi, Gregorio I el Grande edificó un convento en el Clivo Scauro, adornándolo de frescos donde estaban representados San Pedro en un trono, el padre de Gregorio y la madre y Gregorio en un pequeño ábside.

En el siglo VII Honorio I edificó la iglesia de Santa Inés fuera de Puerta Nomentana, y la hizo adornar de mosaicos, trabajo bizantino, rico, pero mal dibujado, representando á Santa Inés, y á su mano derecha Honorio ofreciéndole la Basílica, y á la izquierda un Obispo, tal vez Simmaco ó Silvestre.

Los mosaicos colocados por Juan IV en 640, que se conservan todavía, son una prueba del estilo ordinario en que había caído este género de pintura, pues en los siglos V y VI, como he dicho, el arte cristiano agotaba las últimas inspiraciones del sentimiento antiguo de lo bello, y en el VII se perdía el gusto de la forma: basta una mirada á los mosaicos de este periodo y del que le siguió para convencerse de que el arte había caído en la barbarie.

Al principio del siglo VIII se erigió en Roma, por el Papa Sergio I, la tumba de León el Grande, que fué la primera en el interior de San Pedro, y por el mismo Papa se dotaron las iglesias de infinidad de vasos, para el culto, de oro y de plata, y tabernáculos con cúpulas de oro, sembrados de piedras preciosas.

Por Juan VII se edificó una capilla en San Pedro, toda cubierta de mosaicos, que aunque de bárbaro estilo, fueron, por entonces, de grande admiración y la obra más importante de aquella edad.

De Gregorio II sólo se mencionan algunas esculturas, de escaso valor artístico, representando al Redentor, la Virgen y algunos santos. En tiempo de este Papa, en el año 726, el emperador León Isáurico promulgó el célebre decreto contra las imágenes: el Oriente y algunas ciudades de Occidente se cubrieron de fragmentos de estatuas y mosaicos, á pesar de que el Papa protestaba en una Bula, negando al Emperador potestad en las cosas de la fe. Una agitación

violenta tuvo lugar por este motivo, tanto en Oriente como en Occidente, y fué causa de la separación de las dos potestades, la civil y la religiosa.

La lucha de los Papas contra Bizancio salvó el arte en el Occidente, y por más repugnancia que nos produzcan los objetos elaborados é inspirados en el cristianismo de aquellos siglos bárbaros, tuvieron indudablemente gran influencia en la cultura de aquellos tiempos. La fe elevó al hombre á la esfera de la idea, y erigió por encima de él un reino de lo bello, en el que se disiparon todas las tinieblas, ampliándose el sentido arcano de los símbolos: sólo el arte, en aquella época, pudo consolar á la desgraciada y mísera gente humana.

En el tiempo en que duraba la persecución de las imágenes, muchos artistas orientales fueron á Italia y á Roma, donde estaban seguros de encontrar hospitalidad. Tal vez ellos contribuyeron á difundir el estilo dogmático y seco de la pintura bizantina, y debieron traer de Levante muchas imágenes antiquísimas de Cristo y de la Virgen, que todavía se ven en las iglesias de Roma.

En 770 trabajaban, por orden de Adriano I, centenares de artistas, unos el oro, otros la plata, el esmalte, el lápiz lázuli, cuadros de mosaico, bordados de seda y pinturas al fresco, que aunque ordinarias no carecían de vida. Se intentaban obras de escultura, aunque con poca fortuna. Sin embargo, sobre la tumba del Apóstol había algunas estatuas de plata, y en vez de aquéllas, el Papa puso otras de oro macizo, que representaban al Salvador, la Virgen, San Pedro, San Pablo y San Andrés. En los días de fiesta se colgaban, entre las columnas de la nave, tapices de púrpura y oro de suntuoso trabajo, y en el aniversario del

Papa se encendía la gran lámpara ó antorcha que pendía de la traviesa, forrada de plata, que sostenía el arco de triunfo sobre la confesión, y cuando ardian sus mil trescientas setenta luces, verdaderamente merecía el nombre de gran faro. Este generoso Papa dió á cada iglesia veinte tapices tirios para colgarlos en los intercolumnios, y es de creer que aquella cantidad de suntuosos tapices, bordados é historiados, que poseían todas las iglesias, fueran de origen bizantino, pues el arte de trabajarlos había salido de Oriente, siendo muy cultivado en Bizancio y Alejandría. De allí, probablemente, vinieron artistas á Roma, donde trabajaron por encargo de los Papas. La variedad de los paños preciosos y espléndidamente bordados era extraordinaria, y muy á menudo se designaban por los nombres del lugar de donde procedían, y así se llamaban Alejandría, Tiro, Bizancio, Rodas, etc., etc. Lo mismo decíase de las telas blancas, purpúreas, azules, sembradas de piedras preciosas ó historiadas á recamo, representando imágenes de santos ó figuras de animales, como águilas, leones, grifos, pavos reales, etc., etc. Los vasos sagrados de oro estaban cuajados de piedras preciosas, que brillaban entre los esmaltes y adornos de relieve ó cincelados.

De las edificaciones é innumerables restauraciones de León III citaré sólo, para no cansaros, el mosaico de Santa Susana, en cuyos extremos figuraban el Papa y Carlomagno, y los importantísimos del Triclinio Lateranense: también edificó de nuevo el Oratorio de la Cruz, que había sido construcción de Simmaco, lo adornó de mosaicos y completó la esplendidez del ornato en la confesión: hizo colocar estatuas de oro y de plata de los Apóstoles y Querubines, erigiéndolas sobre columnas de plata; forró el

pavimento con láminas de oro, mayores de las que tuvo anteriormente, siendo de notar que á los dos lados de las tumbas, tanto de San Pedro como de San Pablo, hizo erigir dos escudos de plata sobre los cuales se inscribió el símbolo apostólico en latin y en griego.

En 817 el Papa Pascual I edificó la iglesia de Santa Cecilia, en Transtevere, la de Santa Práxedes, en el monte Esquilino, y la de Santa Dominica, en el Celio.

En 846 fué elegido Papa Sergio II, y en su tiempo, las disensiones de los herederos de Carlomagno tenían desamparada á Roma, y dieron lugar á uno de los acontecimientos más desastrosos por que pasó la ciudad eterna: la chusma de una armada sarracena ó más bien de piratas facinerosos entraba en San Pedro y destrozaba cuanto había dentro, robando todo lo que tenía algún valor. Con gritos desaforados devastaron la cripta de oro, y no pudiendo arrastrar la gran urna de bronce que encerraba las cenizas del Apóstol, la maltrataron y estropearon á golpes. No es fácil imaginar el tesoro y riquezas artísticas acumuladas en Roma desde el tiempo de Constantino, de Teodosio y Honorio, de los Emperadores de Roma y de Constantinopla, de los Reyes de Occidente y de sus magnates. La mayor parte de los Papas habían pagado su tributo con dones votivos, y allí se guardaba una gran cantidad de vasos de oro; pudiendo considerarse la iglesia de San Pedro como el gran Museo de las obras artísticas de cinco siglos.

El desgraciado Sergio murió del dolor que le produjo tan gran desgracia, pues Guido, Margrave de Spoleto, que había sido llamado por el Papa en su socorro, no llegó á tiempo de evitar el saqueo, mas

condujo á sus valientes lombardos y, unido á los romanos, persiguió y batió á los sarracenos en formidable batalla, empujándolos hasta Civitavechia, pudiendo recoger algo de lo robado. En medio de aquella época turbulenta, llena de desastres sin cuento, fué elegido Papa León IV. La miseria, un formidable temblor de tierra y el incendio del Borgo inauguraron su elección; mas no perdió el ánimo, y á sus ruegos y al peligro común, se hizo la liga entre las ciudades marítimas del Mediodía, la primera que aparece en la historia del Mediterráneo. Á las fervientes instancias del Papa, Amalfi, Gaeta y Nápoles, florecientes en aquel tiempo, unían sus galeras y concluían alianza con Roma: el rico botín recogido por los piratas africanos los incitó á volver, y pronto se presentaron las naves sarracenas á la vista de Ostia. Los valientes napolitanos vogaron contra ellas, las galeras se embistieron, mezclándose en encarnizado combate; mas una repentina tempestad separó á los combatientes, no sin que los barcos africanos se dispersaran ó se fueran á fondo, mientras otros eran arrojados sobre la costa. Los mauritanos que naufragaron en las islas del mar Tirreno, fueron muertos; los que cogieron los romanos prisioneros, fueron conducidos encadenados á Roma á trabajar en las murallas de la ciudad Leonina.

Increíble parece el estado de la Italia por aquel tiempo; pues en el último tercio del siglo ix tiene lugar en Roma una serie no interrumpida de horrores. El engaño, el asesinato, la crueldad, la violación de las cosas más santas, eran acontecimientos diarios que no causaban extrañeza á nadie: vivíase con el puñal al cinto, siendo la guerra desleal y traidora la ocupación ordinaria de aquellos malvados. Los mag-

nates ó capitanes de bandas, como aves de rapiña, apropiábanse contra todo derecho lo que estaba al alcance de sus garras, prontos siempre á venderse al que más pagaba, sin importarles un ardite la cuestión que habian de ventilar. El Clero, del que no me es lícito ocuparme detenidamente, estaba á la altura de aquel tiempo nefasto: así es que en medio del envilecimiento general de aquella sociedad desquiciada y corrompida, fueron escasas al final del siglo las manifestaciones artísticas.

Con el hundimiento y completa ruina de San Juan de Letrán, y con el estado social que acabáis de oír, empezó el siglo x, que bien pudo llamarse el siglo de la muerte, pues era creencia general que con él acabaría el mundo, siendo la violencia ley, mas ley sin freno ni miramiento alguno, y la Italia semejante á un mosaico roto, cuyas piezas esparcidas representasen todas las iniquidades y vicios de la gente humana; siendo verdaderamente milagroso que, si no el mundo, la Italia al menos no pereciese.

Este ligero bosquejo de lo que fué la Italia en el último tercio del siglo ix y gran parte del x, podéis en vuestra imaginación acentuarlo con tintas rojas, en la seguridad de que siempre quedará pálido; que una época en que suben al trono pontificio en el período de ocho años ocho Papas, y esto sin decir cómo bajaron, no hay colores bastante fuertes para pintarla. Sergio III, á principios del siglo x, reedificó San Juan de Letrán, dotándole de cruces y crucifijos sembrados de piedras preciosas, ciborios, candelabros, cálices y tapices.

De Anastasio y Lando, Papas que le sucedieron, nada se sabe, y sí que en 914 subió al trono Juan X, príncipe guerrero que prestó grandes servicios á la

Italia en unión de Berengario; mas los trastornos de su tiempo le impidieron ocuparse de las Bellas Artes.

De Juan XIV, elegido Papa en 983, sólo se menciona el mosaico que sobre la tumba de Otón II hizo poner en San Pedro su mujer Teofanía, representando al Redentor en acto de bendecir entre San Pedro y San Pablo, cuyo mosaico existe todavía. Mas en Roma, donde, como habéis visto, los magnates y jefes de bandas asalariados vivían como halcones en lo alto de sus rocas, acechando la presa, donde en vertiginoso tumulto aparecen y desaparecen rápidamente Papas, Reyes, Patricios y Cónsules, no busquéis por aquél tiempo bellas artes, buscadlas en la floreciente y rica Venecia, que apartada del foco de aquellos trastornos, pudo levantar y concluir su oriental y magnífica basilica de San Marcos.

Del siglo XI sólo se tiene noticia de la consagración de la magnífica basilica de Monte Cassino, adornada de mosaicos y con lujo inusitado.

El pontificado de Pascual II fué lleno de miserias y de tales tumultos, como no habían tenido lugar; en lucha con el Emperador, y sublevada contra él la Iglesia, murió el Papa en 1118; mas en medio de tan continuas guerras edificó la iglesia dei Cuattro Coronati en el Celio, restauró San Bartolomé en la isla Tiberina, San Adrián en el Foro, Santa María in Monticelli y San Clemente.

Con cincuenta años de continuas luchas no hubo lugar á ocuparse de Bellas Artes; sólo después de la paz de Worms, en 1122, Calixto II hizo restaurar algunas iglesias, construyó una capilla á San Nicolás de Bari, é hizo pintar en la tribuna las imágenes de sus célebres predecesores, que desde Alejandro II habían sido los mantenedores de la guerra entre la

Iglesia y el Imperio por la independencia del Papado, y en una nueva sala del Laterano el triunfo de la Iglesia, en el cual se veían representados Gelasio, Pascual, Urbano, Víctor III, Gregorio VII y Alejandro II, á cuyos pies estaban los antipapas sirviéndoles de escañuelos: pintura bárbara de figuras aisladas é incorrectas, pues habíase perdido la ciencia de la composición, mas suficiente á contentar á aquellos Papas desacostumbrados á la perfección en las obras de arte.

La antiquísima basilica de Santa María de Trastevere, que Inocencio II reedificó de nuevo, donde se ven mosaicos de aquel tiempo, especialmente las figuras del Cristo y de la Virgen sentados en trono dorado, y los mosaicos del ábside, que tal vez ejecutaron artistas venidos de Monte Cassino, son todas obras de este tiempo.

Saliendo rara vez de Roma, como habéis visto, hemos seguido la marcha del arte en su accidentado y áspero camino á través de densas tinieblas y de las revoluciones y sangrientas luchas que allí tuvieron lugar después de la caída del Paganismo. Hemos llegado al siglo XIII, y ya en el horizonte aparece la luz que ha de guiar al arte; mas como el itinerario que siguió es tan conocido, poco habré de decir, pues teniendo en cuenta no fatigaros, sólo me permitiré citar los nombres de aquellos artistas que mayor influencia ejercieron en la marcha del arte hacia su apogeo, verificado en el siglo XVI.

De la escuela pisana los dos artistas más antiguos son, como escultor Gruamonte, del siglo XII, y probablemente autor del bajo relieve que sirve de arquitrave á la puerta oriental del Baptisterio, y Giunta Pisano, del siglo XIII, del que citaré la Crucifixión y

los frescos de Assisi, donde á pesar de lo incorrecto del dibujo, se ve la intención de emanciparse de la imitación bizantina. Varios son los artistas eminentes que cuenta la historia pisana; pero después de los citados, sólo mencionaré al célebre Nicolás Pisano y á Fra Guglielmo Agnelli, su célebre discípulo, autor de cuatro de los seis bajos relieves del ábside del Duomo, tenidos hasta ahora por de Nicolás, su maestro; pudiendo añadirse á este catálogo á Giovanni Cimabue, que nació en Florencia en 1240, jefe incontestable de la pintura italiana (su *Madonna de Santa María Novella*, de expresión y belleza grandiosa), al gran Giotto, arquitecto, escultor y el más gran pintor de su época.

Otra escuela nació por aquel tiempo, la de Siena, y citaré la hermosa *Madonna de Guido*, en la iglesia de Santo Domingo, de conjunto grandioso, y donde no se puede menos de recordar el arte clásico por el partido de paños, la elegancia de la forma y el sentimiento delicado.

Duccio Buoninsegna, el gran maestro sienés, con sus obras hace dar un paso á la pintura italiana, y ya ningún obstáculo la detendrá en su progreso.

El sucesor más poderoso de Giotto fué Orcagna, el escultor del tabernáculo d'or San Michele y de los frescos en Santa María Novella en la capilla Strozzi.

Fra Giovanni da Fiesole es el único y último representante en el siglo xv de una época casi extinguida, el pintor por excelencia de la pureza seráfica, de la piedad humilde y serena; un aliento de vida celestial anima sus figuras y las encierra en una aureola de santidad; los frescos con que decoró la catedral de Orvieto son seguramente su obra maestra. Exceptuando á Beato Angelico, todos los artistas italianos

se inspiraron en la realidad; mas á pesar de esta tendencia iniciada por los primeros artistas del siglo XIII, por instinto ó por propósito huyeron del detalle, y sólo se preocuparon de lo esencial y de lo grande, influídos sin duda por el estudio del arte antiguo.

Entre los escultores citaré, además, á Jacopo della Quercia, Ghiberti, Donatello, Luca della Robbia, Andrea Verrocchio, y entre los pintores á Masolino da Panicale, maestro de Masaccio, el pintor más grande del siglo XV antes de Leonardo de Vinci, de Miguel Angel y de Rafael.

Fra Filippo Lippi, Pietro Perugino, Domenico Ghirlandajo, Fra Bartolomeo di San Marco y Francesco Francia completan la serie, y con éstos se llega sin esfuerzo á los tres artistas más grandes que ha producido la Italia, que son, como he dicho antes, Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael.

Al hablar de la sucesión no interrumpida del arte y de su renacimiento limitándome sólo á Italia, lo hice porque allí fué donde primeramente se manifestó el progreso, especialmente en las artes plásticas. Las circunstancias especiales en que se encontró no las reunió nación alguna europea, por la manifestación de la pasada grandeza que, merced á los edictos publicados por Valentiniano, Valente, Arcadio, Honorio, tuvieron á la vista, toda vez que en el siglo V permanecían en pie la mayor parte de los monumentos y tal multitud de estatuas, que por la estadística mandada hacer en tiempo de Justiniano se contaron 3.785 de bronce, todo esto unido á ser Roma la Sede Pontificia, y al régimen de gobierno de las diferentes repúblicas ó tiranías en que estaba dividida la Italia, gozando de libertades municipales que les permitían ocuparse del embellecimiento de sus ciu-

dades: conjunto de circunstancias que unido al engrandecimiento gradual y constante del Papado, reconocido y acatado por todo el Occidente, dió por resultado el que afluyeran á Roma cada vez mayores tributos, concesiones y donativos, que fueron empleados en su mayor parte en la construcción y ornato de templos cristianos.

Mas cuando con el asentimiento popular llegó el día del mayor grado de conciliación entre la civilización antigua y la católica, en Italia solamente, y en el Palacio de los Papas pudo verse á un pintor colocar uno frente á otro, la disputa del Santo Sacramento y la Escuela de Atenas.

No me es dado hacer referencia de las costumbres, creencias y controversias de aquella época; me basta consignar que la decadencia empezó cuando no hubo patria ni libertad, ni sociedad, ni amigos; cuando la esperanza de nacionalidad se perdió con el último lamento de Miguel Ángel. A la muerte de este gran artista y de Rafael, el arte empieza á decaer. ¿Es que los artistas abandonaron el estudio del natural? ¿Es que descuidaron aquellos otros estudios indispensables á todo artista, tales como la anatomía, la perspectiva, la arquitectura, los estudios históricos y todos los conocimientos técnicos de su arte? No; no fué nada de eso, fué sencillamente que habian perdido la fe. Faltando los tres grandes maestros, unos se hicieron imitadores, otros influidos por el movimiento literario de aquella época, fueron buscando conciliaciones fuera del sentimiento personal; se consideraron maestros y se entregaron al capricho y exageraciones de los poseídos de furor mitológico.

Ya Rafael se preocupó del convite de los dioses, de la Galatea de la fábula de Psyquis; su discípulo

predilecto, Julio Romano, cubrió el Palacio de la Te en Mantua de asuntos mitológicos; Rosso Rosi hizo otro tanto en Fontainebleau, y Anibal Carracci en el Palacio Farnese, de modo que como esta tendencia era general, no hubo villa ni Palacio que no se engalanara con frescos ó cuadros mitológicos. Los asuntos religiosos todavía siguieron ocupando á los artistas, más con tal indiferencia, salvo honrosísimas excepciones, que les era igual pintar el martirio de un santo, que una bacanal. No el fin del arte, el medio se buscaba; cierta mal llamada maestría en el toque, el clarooscuro, el contraste simultáneo de los colores, la complicación en la composición con perjuicio de la claridad, y, sobre todo, la ligereza y soltura en el hacer; y de tal suerte se cumplió este propósito, que, como todos sabéis, los Museos de Europa están llenos de cuadros italianos.

Voy á concluir; he mencionado á la ligera la marcha y obras artísticas ejecutadas desde el siglo I al XIII; habéis visto las dificultades inmensas con que tuvo que luchar el arte por el estado de ignorancia y guerra perpetua en que estuvo la Italia en aquellos siglos; hoy, habiendo variado los tiempos, las corrientes de la actividad humana se dirigen á la investigación científica, ocupándose en este propósito, no el corazón, sino la cabeza, y esto unido á que todos, quien más, quien menos, nos hemos vuelto un tanto fenicios, ha dado por resultado el espíritu industrial, adulterando el arte, de quien pudiera decirse, plagiando á un filósofo, que vive en fraternal consorcio con la industria bajo la égida protectora de la indiferencia del Estado.

Creo haber dicho al empezar, y si no lo he dicho lo digo ahora, que la preocupación religiosa de todos

tiempos en la historia del mundo, ha sido el manantial inagotable de las grandes obras de arte que conocemos, tanto en Arquitectura y en Escultura como en Pintura. Hoy, momento de duda, el arte se resiente de esta incertidumbre, y el artista, influido por las preocupaciones del momento, carece de la eficacia de la fe en una idea que le conmueva, necesaria para la realización de la obra de arte. De aquí que la crisis por que está pasando sea de consideración: cómo se resolverá no es fácil asegurarlo, pero sí presumirlo.

Es de creer que después de las graves cuestiones sociales que agitan los espíritus, después que se haya encontrado, si no una solución completa, que no se encontrará, á las exageradas pretensiones actuales, al menos se encuentre algo que mitigue y haga llevadero el malestar que esas pretensiones revelan y se entre en un periodo de tranquilidad relativa, estableciéndose en el hombre el posible equilibrio entre las exigencias perentorias de la vida y las necesidades del espíritu; cuando pase el turbión materialista que arrastra gran parte de la sociedad moderna; cuando la negra duda se disipe al entrar en nuestra mente un rayo de luz y veamos que la santa naturaleza no es santa virtualmente, sino en cuanto refleja á la divinidad, entonces, teniendo algo grande á que dirigirnos, otra vez brillará el arte con vivísima luz iluminando nuevos y dilitados horizontes.

Por impulsión divina la humanidad marcha lentamente hacia región serena de amor y fraternidad: trabajemos todos, cada uno en la medida de sus fuerzas, en allanar el áspero camino.

HE DICHO.

CONTESTACION

DEL EXCMO. SEÑOR

D. FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

SEÑORES ACADÉMICOS:

Abrense hoy las puertas de este instituto, creado para el fomento de las Nobles Artes, no á ingenio de novísimos merecimientos que, asistido de su buena fortuna, ha conquistado pronta y oportuna notoriedad en círculos acreditados, sino al autor de bien pensadas obras pictóricas, que encaminado á la profesión del Arte bello por vocación indeclinable de su alma, al consagrarle actividad generosísima, no ha perdonado sacrificio para adelantarse en las no nada fáciles tareas, que lo aventajan y perfeccionan; y, ora, brindando su alentado esfuerzo en concursos y certámenes, ora, viajando en fatigosas peregrinaciones, para saborear el gusto de los antiguos monumentos, tras mucho meditar, componer no poco y estudiar con fruto, ha producido obras admirables, que servirán de guía á la juventud estudiosa, la cual escucha de sus labios de maestro lecciones autorizadas con el ejemplo del artista.

Que lo es, y de criterio tan ilustrado como recto, según cumple á la fructuosa cooperación que de él

espera la Academia, no he menester atestiguarlo. Hablen por mí la bien ganada reputación del electo por insignes cuadros que lucen en galerías y colecciones muy preciadas, el crecido número de ambicionados galardones que ha granjeado con los aciertos de su paleta en certámenes y exposiciones públicas, durante cerca de medio siglo; laureado ya en 1851 por oposición entre los alumnos del taller Gleire; pensionado después en Roma previa, asimismo, oposición rigurosísima en 1853; honrado con medalla de segunda clase en las Exposiciones nacionales de 1858 y de 1860, y con la de primera, ó su consideración, en las de 1862, 65 y 67.

Si las asiduas tareas de la enseñanza y los frecuentes encargos que le ocupan en su acreditado taller, le han retraído en lo sucesivo de figurar en certámenes, de que sólo podía esperar la confirmación del veredicto, dado repetidas veces á favor de sus elevadas concepciones artísticas, no por eso ha dejado de contribuir grandemente á los nobles fines del Arte.

Fuera proceder en infinito el señalar uno á uno los merecimientos alcanzados por este distinguido alumno de Venus Urania, ora interviniendo como jurado ó presidente, por nombramiento de la Dirección general de Instrucción pública, en oposiciones para el profesorado artístico, ora informando en unión de los inmortales pintores que fueron honra ilustre de esta Corporación, Excmos. Sres. D. Carlos de Rivera y D. Joaquín Espalter, sobre el mérito de cuadros antiguos; ya dando cima con éxito, que le valió expresivas gracias del Gobierno de S. M., á la restauración del techo de Lucas Jordán en el Salón del Estamento de Próceres, ya pintando, en fin, por encargo del Ministerio de Estado, el cuadro que representa el Calvario

en San Francisco el Grande; obra que podría servir de testamento á un artista, como título suficiente á la inmortalidad, si Hernández Amores no tuviera tantos á su favor, y edad que le permite multiplicarlos con igual fortuna.

De su inteligencia en materias pictóricas, de su nobilísimo entusiasmo por los progresos de la juventud y, en particular, de la rectitud de su carácter es elocuente testimonio la simpatía que despierta su nombre en todos los jóvenes pintores, así como la confianza que depositan en el acierto de sus fallos artísticos; virtud á que debe la honra de haber sido elegido repetidamente jurado, con aplauso general, para varias Exposiciones nacionales.

Y con ser tan recomendables y verdaderamente meritorias las prendas que adornan al nuevo académico, todavía ofrece mayores quilates á la pública estimación su peregrina modestia, la cual dificulta por modo extraño la comisión que hoy me obliga á llevar la voz ante vosotros; pues resistiendo constantemente el comunicar, según costumbre, breve noticia que le demandaba de las muestras de ingenio acreditadas en el discurso de su larga carrera artistica, me he visto forzado á evocar mis propios recuerdos y á recoger de boca de sus amigos (que los tiene en gran número y muy entusiastas de sus obras), alguno que otro pormenor no comprendido en esa cuenta de general aprecio, que encabeza la opinión de los críticos, se adiciona con los juicios estampados en los diarios y no se cierra, ni con las fronteras nacionales, ni con la expresiva admiración de los humildes.

Bien quisiera, siguiendo ejemplo autorizadísimo en este linaje de solemnidades, espigar, como vulgarmente se dice, en el terreno con tanta maestría cose-

chado por el Sr. D. Germán Hernández Amores, para ofrecer al distinguido concurso que nos honra con su presencia, alguna muestra de investigación original en observaciones á la oración leída; mas por esta vez, si alguien abrigaba esta esperanza, su deseo ha de quedar frustrado, porque ha presidido tal acierto en la elección de noticias y de reflexiones con que el autor ha desarrollado su importantísimo tema, ha meditado con tanto tino qué debe preterirse, qué debe expresarse y aun ponerse de resalto, que fuera exagerada vanidad irle á la mano en dichos particulares. Y no porque (he de declararlo con franqueza) evocando recuerdos de estudios que comparten mis aficiones haya dejado de concebir el propósito de ensanchar el cuadro trazado con singular gallardía (como de mano de pintor habilísimo), sino porque con mejor consideración me han retraído de verificarlo consejos de estricta prudencia, convencido de que si ciertamente en Massudí, en Cazuini, en Yacut y en algunos otros autores orientales, no fuera difícil rastrear indicaciones que amplíen lo expuesto por el recipiendario acerca del estado de las artes en la Roma pontificia durante los siglos IX y X, ello es que sus testimonios no son más fehacientes que los acotados por el autor del discurso, ni alteran en nada la noción capital de lo señalado como interesante, sirviéndole á lo sumo de comprobación subsidiaria la impresión durable y profunda, que produjeran en gentes acostumbradas á frecuentar ciudades cultísimas, ricas de maravillas en arquitectura y en las artes suntuarias, los monumentos del arte religioso de los cristianos.

Lo que sí me cumple privativamente, y no he de faltar á la observancia de obligación elemental, impuesta por la ley de la cortesía, es insistir sobre la

doctrina que constituye la conclusión, ó, según expresión vulgar, la moraleja del discurso leído, aceptando, discutiendo ó remitiendo á mayor consideración las teorías expuestas en su apoyo, y menos con referirse las del recipiendario á punto tan interesante como lo que toca al Ideal, norte seguro de los derroteros del Arte.

Alterar en lo posible las condiciones observadas en las cosas externas con el propósito espontáneo ó reflexivo, legítimo ó presuntuoso de mejorarlas, inclinación es de que se nutre sobremanera la actividad del humano espíritu. Señalamos con facilidad defectos en los objetos que ordinariamente se ofrecen á nuestra contemplación, y aun entre aquellos de que se prenda nuestro ánimo por especial y descollada hermosura, raro es aquel en que no descubre pronto ó tarde un defecto de mayor ó menor importancia.

Lo rudo, lo vulgar, lo prosaico, cuando no lo inmoral, lo feo y lo acerbamente doloroso nos rodean por todas partes: anublada nuestra inteligencia con las obscuridades de este mundo crepuscular, aspira á claridad más intensa y sueña con una carroza de luz parecida á aquella con que decoró á la Mañana el pincel de Guido Reni, ansiando que la conduzcan en ella, por regiones desconocidas y altísimas, los coros alados de las ideas, vírgenes puras inmortales y de resplandor inextinguible.

Pues en el orden de los hechos que deben su existencia y aparición á la iniciativa de nuestro espíritu, se advierten, á la continua, las mismas ó análogas dificultades.

Raro es el caso ó circunstancia en la vida del mundo en que nuestros propósitos logren realización adecuada, colmo de nuestras aspiraciones legítimas, y en

que lo real se preste á obedecer á la idea. De la múltiple conexión entre las cosas que existen, surgen todos los días y á cada hora accidentes inesperados, que alteran ó limitan la realización de los proyectos mejor concebidos.

Agóbianos un mundo de dificultades y de luchas ante el cual se estrellan de una manera ineludible nuestras fuerzas de pigmeos. ¿Cómo reñir peleas con lo irracional ó incalculable, con lo que llamaron el hado, lo fortuito y lo fatal los pueblos antiguos, si nos sale al encuentro con energía abrumadora, y ante el concurso de fuerzas colosales del Universo, nuestra actividad física se postra ó se extingue, y hasta el espíritu que pudiera contrastarlas al seguro de su inmortalidad, pierde de ordinario su aplomo?

Pues en el orden de las funciones subjetivas y en las operaciones de nuestro ánimo, no nos hallamos menos dificultados. Buscamos una solución de los problemas de nuestra vida, un pensamiento importante que merezca el aplauso ó siquiera la aprobación de nuestros oyentes y amigos, una concepción superior que sea apreciada generalmente por todos, y nuestras fuerzas psíquicas desfallecen, y por un momento dichoso en que se ocurre á almas privilegiadas, son innumerables aquellos en que la sugestión interior sólo propone lo que la razón desecha. Vivir en un mundo libre de estas perturbaciones, donde no se muestre jamás el espectáculo de la virtud perseguida y del vicio triunfante; en que todo esfuerzo legítimo conquiste galardones, toda aspiración noble recompensa, y todas las formas su propio dibujo y colorido; he aquí una aspiración de todos los seres humanos, los cuales en todos los climas y en todos los siglos á poco que se haya levantado su cultura, han

suspirado por un mundo superior de tales condiciones. Á la manera que, remontando la corriente de las ideas, la razón se eleva como en escala mística á una idea madre que fecunda y vigoriza las demás, la idea de Dios; de la limitación que nos rodea por todas partes, siguiendo el curso del pensamiento y componiéndolo y reforzándolo con instintos imperiosos de la sensibilidad y de la voluntad libre, el espíritu concibe lo infinito, contempla un mundo y vida futura superior á los actuales, aunque en relación con ellos; obra como artista y razona como filósofo, aun en el terreno de las religiones no verdaderas; como quiera que no se concibe ley ni secta religiosa, sin la concepción más ó menos velada de lo infinito, de la existencia de Dios, y de sus naturales corolarios, de vida futura para el cumplimiento de su justicia y de la inmortalidad del alma.

Variarán las formas de la concepción de la vida de ultratumba; el vuelo de la imaginación, dirigido arbitrariamente en las falsas religiones, habrá de moverse en giros, señalados de antemano en la religión verdadera, santa y sobrenatural; pero es obvio que, según las doctrinas expuestas, el primero de los ideales, el ideal modelo, el ideal regulador de los demás es el religioso; ideal que informa, ya rigurosamente, ya por aproximación, ya, en fin, por analogía, multiplicidad de ideales subordinados. Entre ellos constituye una esfera aventajada aparentemente intermedia entre lo finito y lo infinito, en que lo limitado aparece redimido por resplandores inmortales de apariencia casi infinita, y lo divino, lo grandioso y lo elevado, radia sobre existencias análogas á las de la tierra; el mundo de las aplicaciones del ideal por la imaginación creadora que contempla la hermosura,

la produce y congrega en el espíritu, y la realiza en el Arte (1).

Su generosidad es tanta que parece sublimar las fuerzas del espíritu humano, recreado en la contemplación de lo descomunal y altísimo; doctrina que aclara en alguna manera la anticipación del ingenio de los grandes artistas en la aplicación de teoremas de las ciencias matemáticas, y particularmente la especie de adivinación de los poetas, ora en progresos de la vida real, como las de los autores de relaciones maravillosas, que concibieron espejos donde se pudiesen acercar á la vista objetos muy distantes ó modos de comunicación á través de la atmósfera, por materias naturales dotadas de simpatías, y las de los célebres versos de Séneca relativos á nuevas tierras, que se hallaban más allá de las últimas descritas hacia Occidente; ora en el sentido religioso, vislumbrándose la idea de la redención por un Dios-hombre en Esquilo (2), lo plausible de la expiación en Sófocles (3); el nacimiento del Salvador del mundo en Virgilio, según interpretaron algunos Padres de la Iglesia, y autorizándose la previsión de la catástrofe del Juicio Final por la Sibila, especie recibida por la tradición católica en canto eclesiástico muy conocido.

Abastado el ingenio del grande artista por la riqueza del ideal, posee una varita mágica que todo lo

(1) Acerca del concepto de «lo ideal y de sus formas», puede leerse un estudio en que desarrolla con no poca extensión dicho asunto, publicado en el *Movimiento Científico y Literario*, 1877.

(2) Aunque el noble presentimiento del poeta, soldado de Maratón, aparece desvirtuado por las ficciones del politeísmo griego, se atribuye á San Gregorio de Nacianzo un drama religioso, versificado con frases y hemistiquios del príncipe de la tragedia clásica.

(3) En el *Edipo en Colona*, enternecidas las terribles Erinnyas por el dolor del desgraciado monarca, se le muestran favorables, «Buenas Furias» significado literal de la voz *Euménidas*.

transfigura; ve la posible transformación de asuntos, que aparecen ávidos á otros ingenios *hasta sacar luz del humo*, según la frase de la crítica horaciana; cuenta á su servicio con un mundo de luz y de armonía, que presta á los objetos, los cuales recubre con una exterioridad divina y casi celeste. Lo feo físico y aun lo feo moral pierden algo de su horrura, suavizados por la elevación del concepto, y hasta puede decirse que por cierto linaje de velocidad adquirida, ya realza aquello con la viveza de la expresión ó por el lugar, el momento, la disposición y la combinación con cosas de distinta índole; ya atrae á éstos relaciones que están en concierto con las fuerzas naturales, con la energía del espíritu y con el orden de la Providencia. El Arte, en suma, puede componer figuras y aun grupos con representaciones de verdugos, tiranos y bellezas femeninas de carácter moral poco recomendable, conservando la dignidad de la expresión de sus formas físicas y poniendo de resalto el carácter espiritual de sus energías psicológicas, á la manera que el diablo ha sido presentado de una manera estética por Milton, no como diablo, y en cuanto protagonista de rebeldía fea y espantosa, sino porque aun en el ángel caído, así como en el cuerpo de hombres que consuman actos criminales, puede fulgurar el sello impuesto á sus criaturas por la grandeza del Omnipotente.

Pero de que esto suceda á las veces, y de que pueda intentarse con éxito por un maestro, no se sigue la paridad de los asuntos, ni mucho menos que deba otorgarse preferencia al que se toma de la realidad; pues así como ciertas aves vuelan con más desembarazo en las altas regiones de la atmósfera, el ingenio ha de poner más esfuerzo, cuando carece de

libertad para variar la naturaleza de las cosas. Que lo feo pueda comparecer en el estadio artístico, así como que lo soez y lo vulgar agraden á algunos espectadores, no es porque el argumento sea indiferente en el concepto estético, sino porque á efecto de la compleja disposición de nuestro organismo, hay concupiscencias personales que se halagan preferentemente de lo que lisonjea sus pasiones, las cuales se complacen de cuadros, donde vean el logro de mezquinas aspiraciones ó un retrato hermosado del vicio; con ser obvio, que tal materia no toca, ni de lejos, á las regiones elevadas, en que se cierne el ideal de lo bello y al cielo del Arte. Á mayor abundamiento, presumo que tan extraña ecuación establecida por algunos entre lo bello y lo feo, entre el campo frecuentemente discorda de la realidad y el de las concepciones artísticas, doctrina que reduce el trabajo artístico á la técnica y al nuevo vestido de las cosas, se robustece hoy por la aspiración á formas vulgares, fruto de ideales puramente políticos.

No parece mal en el terreno del derecho, que no pudiendo regirse por parte del Estado todos los actos personales del hombre, se gobiernen por ley igual los exigibles á todos los individuos de una sociedad civil determinada.

Por la imperfección de las sociedades humanas, á que es extraño el empeño de la justicia distributiva, se imponen formas de vida común para condiciones generales, estimadas como comunes; aun siendo evidente que, en materia de tributación y en tantas otras, no son idénticas las circunstancias con igual cantidad de riqueza imponible por parte del hombre sano y del enfermo, del célibe y del padre de numerosa familia. Dicha igualdad, impuesta por la fuerza, se reduce

generalmente á pocos puntos, apareciendo como tiranía insufrible el que se obligara á todos los hombres de una nación á dormir á las mismas horas, á comer los mismos é igual cantidad de manjares, á vestir iguales vestidos, á ejercer las mismas profesiones. El Estado culto, en pueblos civilizados, sólo demanda idénticas condiciones en lo indispensable; *uniformidad en lo necesario*. Á pesar de esto, no es para nadie un secreto que la analogía rige frecuentemente los actos sociales, ni los estragos producidos por el ideal nivelador; lecho de Procusto á que se someten á la continua iniciativas muy valiosas. Cercénase, cada vez más, el paso en la vida común á lo distinto, propio, descollado, original y característico de cada sujeto; aumenta lo vulgar, lo común y lo prosaico, y hasta aquellas felices condiciones que, en momentos especiales, ostenta la naturaleza real con interés estético indiscutible, son cada día más raras y menos atendidas en el humano desarrollo.

Por el contrario, el anhelo á fijarse en lo individual, que excluye la grandeza por multiplicación y enaltece la importancia de lo cualitativo, ha movido generosamente los pueblos de imaginación feliz en tiempos en que la vida del espíritu, la elevación del sentimiento, el estudio científico no lograban por lo regular las proporciones que en las sociedades modernas, al punto de atribuir no escasa importancia al espectáculo de la belleza antropomórfica en lo desnudo. Practicáronlo así los griegos, que no tuvieron inconveniente en recibirlo en los espectáculos y en el Arte en condiciones admisibles por el decoro, merced al estudio y composición de nobles actitudes, en términos que apareciesen serias y hasta pudorosas, con lo cual el ingenio animado por entusiasmo divino po-

dría contemplar con verdadera pureza las perfecciones del modelo, elevada momentáneamente el alma por el espiritualismo, propio del sentimiento artístico, al recuerdo de aquella encantadora inocencia de nuestros primeros padres, que andaban desnudos sin caer en la cuenta de que aquellos hermosos cuerpos, que tan perfectos habían salido de la mano de Dios, hubiesen menester envoltura.

Aun en las costumbres orientales, tan propensas á encubrir la belleza física con el encanto del misterio, no deja de alcanzar participación el desnudo, revelando al contemplador ricas é innumerables bellezas en torneados brazos, manos delicadas, preciosas y gallardas piernas con pies diminutos á maravilla. Verdad es que en estas partes, únicamente ostensibles, acumulan las elegantes sarracenas lo más primoroso y rico de sus ajorcas y brazaletes de plata y oro, macizos ó afligranados, de dijes preciosísimos y de joyas suntuosas; mas tengo para mí que en ello no se proponen sólo las hijas de Sem y de Cam, desde Rebeca hasta nuestros días, el acreditar su lujo y riqueza, sino que el brillante metal y pedrería que con inusitado resplandor hieren los ojos de quien las mira, puedan moverle—y no dudo que le moverán—á contemplar el hermoso campo de bellezas naturales, á que sólo sirven de señuelo. A lo menos hallo testimonio de que así lo piensan sus padres ó lo imaginaron antiguos patriarcas, según la costumbre tradicional en muchas poblaciones y tribus, de que el moro elija esposa entre las varias hijas de un vecino suyo (para no faltar á las costumbres establecidas) por la mera contemplación de sus manos y pies, ricamente ataviados á este propósito. Y aunque me tengo aprendido que, en realidad de verdad, no todos suelen ser

en este particular muy extremados y observantes, y que las previas citas por torres y azoteas influyen mucho en la elección, otorgando verdadera eficacia casamentera al color no ignorado del traje, ó á un movimiento convenido, hasta dar al traste con el vigorismo de la ceremonia, no hay dificultad en comprender que manos y pies bellísimos, como los que son frecuentes en las hijas de Andalucía, arrebatan, trastorren la cabeza y muevan á rápida y decisiva resolución de parte de un moro severo y muy formal, que ni por un instante pretenda romper el sigilo codiciado por su buen padre político, ni desahuciar de antemano á sus futuras hermanas.

Seguramente la importancia de lo individual se ensanchó con el Cristianismo, el cual produjo inusitado desarrollo en la vida del espíritu, aquilatándola con variedades tan profundas, que templados los caracteres por modo extraordinario, la diferencia en el sentido moral y lo vario de la educación establecen tantas desigualdades morales entre los miembros de la familia humana que, según observa Balzac en un prólogo de sus novelas, los individuos no difieren entre sí mucho menos que las distintas especies de un género en la clasificación zoológica.

No era raro que los héroes del Paganismo, gobernados uniformemente por el inflexible hado, se asemejasen en muchas relaciones, que Hércules y Teseo, Ulises y Eneas, Medea y Ariadna se parecieran en circunstancias comunes; pero sale de todo marco convencional la variedad de los atletas y de los mártires de la fe católica, de los caballeros y cantores del amor ideal, de los sabios, de los descubridores, de los artistas y de los grandes personajes históricos, así de la Edad Media como del Renacimiento. En buena

hora había trascendido y continuaba hasta época no-visísima el favorable influjo de lo individual, natural, espiritual y verdaderamente humano en la elegancia y compostura del traje, en su corte y en sus colores vistosos, cuando, á contar de principios de este siglo, la soñada igualdad del ideal político dominante comenzó á influir en la alteración del vestido, prefiriendo, por punto general, piezas de indumentaria que se ajustan rara vez al cuerpo, con telas de colores tristes y sombríos; uniformando los trajes como estancias de un cuartel ó de un falansterio, y aplicando igual ó parecido modo de vestir á personas de distintas ocupaciones, fortuna, localidad, aun para diversas estaciones del año.

Y aunque tal forma de vestido tenga verdad y valor histórico, y no se pueda ni se deba alterar de improviso, pues corresponde á un ideal, aunque malo, resultan de ella no pocas desarmonías, creciendo rápidamente la cuenta de su cargo con las bellezas, que desaparecen, y las fealdades, que abundan.

A la hermosa aldeana que ostentaba un tiempo la belleza de sus formas naturales con trajes ceñidos en relación con sus hábitos y tareas, y con colores vistosos, que parecen reflejo de las flores de los prados, sucede insensiblemente la señorita improvisada, pobre y mal compuesta, acostumbrada á vestir prendas que la disfrazan de gran señora, menos bien traídas por lo regular que lo que fuera conveniente, mal cortadas ó no hechas para su cuerpo, constituida por tanto, en un verdadero adefesio y en condiciones estéticas desventajosas respecto de la que, dotada de igual gracia, viste con elegancia y con buen gusto.

A buen seguro no pertenecía á las que se disfrazan de tal suerte la beldad á que se refirió en sus ver-

sos uno de los patriarcas de la literatura castellana en el presente siglo, señalado por su impresionabilidad ante el bello sexo, al escribir de esta suerte:

«Con mostrarse á su zagala
De blanco lino vestida
Fresca y pura,
Condena la inútil gala,
Y se esconde confundida
La hermosura.»

Y aun entiendo que no era otra la opinión del insigne Lope, cuando ponía en boca del Otelo de los gatos, en ocasión en que ejercía de caballero gentil, de enamorado y de galán rendido ante peregrina belleza, estos conceptos que, como los demás de su inmortal poema cómico, ofrecían delicada moraleja á los semicultos de su tiempo.

«Si no te he dado telas y damascos,
Es porque tú no quieres vestir galas
Sobre las naturales martingalas,
Por no ofender, ingrata, á tu belleza
Las naguas que te dió Naturaleza.»

Por mi parte, y dicho sea con perdón de las respetables damas que visten de talares hasta á sus perros, ya habréis comprendido que en esto, cuando menos, soy partidario decidido de un naturalismo razonable.

¡Ah! Bien hayan nuestras benditas abuelas, acostumbradas á rodear el pie breve con ligera tirilla de tabí, que dejaba entrever las delicadas bellezas de su gentil y hermosa planta; las que acertaron á dejar al descubierto, en delicioso escote, bellezas indescriptibles, sin agravio de la honestidad, y ciñeron el airoso cuerpo en términos que permitían adivinar los encantos de flexible talle, de torneadas caderas y delicada cintura. Sean objeto de execración los groseros prendidos, los abrigo horribles y los desairados gabanes, y proscribanse, á lo menos del calzado de las mujeres

bonitas, las abominables botas, recuerdo de los grotescos gigantes de leyendas infantiles é importación de gusto extranjero en sus formas, las cuales, á vueltas de pretendida elegancia, sólo sirven á encubrir la fealdad, disimulando pies mal formados ó juanetudos, verdaderos monstruos en el concepto de la Estética. Pero veo que me dejó llevar demasiado lejos en estas consideraciones, y que me aparto sin advertirlo con ellas de mi verdadero propósito, que no es otro que contestar al discurso serio, meditado y verdaderamente académico del laureado pintor á quien recibimos. Mejor será que ponga fin á mi tarea felicitándole por su oración discretísima, que concuerda por maravilloso modo con las doctrinas profesadas en este recinto.

No lo haré sin unir mi explícita protesta—y confío en cierta unanimidad sobre este asunto—á la formulada por el elegido contra el gusto egalitario, realista sin ideales, prosaico y vulgar, que confunde á la continua para lograr el aplauso, la celestial Venus Urania con la diosa impura de las pasiones inferiores, ajeno á discernir en su extravío que «no todo lo agradable es bello.»

HE DICHO.

